

La metamorfosis de la teoría económica bajo la hegemonía de la doctrina neoliberal: la influencia de la academia y sus consecuencias*

The metamorphosis of economic theory under the hegemony of neoliberal doctrine: the influence of academia and its consequences

Iván González Sarro

Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT)-Universidad de Alcalá

ORCID ID 0000-0002-1296-4435

ivan.gonzalezs@edu.uah.es

Cita recomendada:

González Sarro, I. (2021). La metamorfosis de la teoría económica bajo la hegemonía de la doctrina neoliberal: la influencia de la academia y sus consecuencias. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 21, pp. 238-259

doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2021.6358>

Recibido / received: 05/04/2021
Aceptado / accepted: 03/09/2021

Resumen

En el texto se comenta el ajuste y acomodación a los fundamentos teóricos del «pensamiento único» que se ha venido produciendo en la disciplina económica, como ciencia social, durante la época de hegemonía de la doctrina neoliberal desde el año 1973. Se podría decir que los postulados del pensamiento neoliberal, de alguna manera, han colonizado a las ciencias sociales en general, y particularmente a la doctrina económica. Se explica cómo en este proceso la academia ha tenido un papel relevante, por cuanto la lógica neoliberal también de una manera progresiva se ha ido introduciendo y consolidando en el ámbito universitario –principal bastión de la academia–, adquiriendo una dimensión global. Se analizan las consecuencias de todo ello, vinculadas a la «mercantilización» de la educación superior, a la idea de la formación universitaria con una orientación meramente «profesional» y desprovista, por tanto, de cualquier inquietud

* Este trabajo se ha realizado en el marco del "Programa Interuniversitario en Cultura de la Legalidad (ON TRUST-CM)" "H2019/HUM-5699, financiado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo".



transformadora, a la ausencia del pensamiento crítico y la exploración de «otros mundos posibles», entre otras.

Palabras clave

Transformación teoría económica, doctrina neoliberal, mercantilización de la educación, pensamiento crítico, ciencias sociales.

Abstract

The text comments on the adjustment and accommodation to the theoretical foundations of the «single thought» that has been produced in the economic discipline, as a social science, during the hegemony of the neoliberal doctrine since 1973. It could be said that the postulates of neoliberal thought, in some way, have colonized the social sciences in general, and particularly the economic doctrine. It is explained how in this process the academy has had a relevant role, since neoliberal logic has also progressively been introduced and consolidated in the university environment –main bastion of the academy–, acquiring a global dimension. The consequences of all this are analyzed, linked to the «commodification» of higher education, to the idea of university education with a merely «professional» orientation and, therefore, devoid of any transformative concern, to the absence of critical thinking and the exploration of «other possible worlds», among others.

Keywords

Transformation of economic theory, neoliberal doctrine, commercialization of education, critical thinking, social sciences

SUMARIO. 1. Introducción. 2. La adaptación de la teoría económica en la era del neoliberalismo. 3. La influencia de la academia. Consecuencias. 4. Conclusiones.

1. Introducción¹

El propósito esencial de este texto es comentar el proceso de acomodación de la teoría económica a las propuestas económicas del pensamiento neoliberal, convertido en el «pensamiento único» y hegemónico después de la crisis global de 1973. Nuestra interpretación es que el paradigma del neoliberalismo contiene una concepción de las ciencias sociales, dentro de las cuales se encuadra la economía, y esta disciplina se ha ido amoldando a los planteamientos básicos neoliberales desde el año 1973. El giro ideológico que supusieron los postulados del neoliberalismo iba a tener su influencia en el ámbito de la disciplina económica. Asimismo, se tratará de explicar la influencia fundamental de la academia en este proceso, así como sus consecuencias.

Para acercarnos al tema, como antecedentes, conviene tener en cuenta que en el periodo que transcurre desde 1776, año en que el economista y filósofo escocés Adam Smith escribió su obra *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza*

¹ «Buscar alternativas nunca será tarea fácil. Aún corriendo el riesgo de ser tildados como locos, retrógrados, románticos o incluso infantiles, desde situaciones precarias y de marginación, quienes todavía cuestionamos cómo las ciencias sociales pueden contribuir a construir democráticamente una sociedad democrática, ser factores para la paz sobre bases de igualdad y equidad, así como favorecer el reencuentro de los seres humanos con la Naturaleza, hemos asumido el reto» (Acosta, 2015, p. 9).

de las naciones para explicar las bases del mercado libre, y 1867, año en que Karl Marx escribió *El capital* para explicar el capitalismo como un proceso permanente, en el cual el dinero se acumula y reinvierte una y otra vez, los filósofos europeos conceptualizaron las bases de la economía moderna. Al desarrollo de la teoría económica contribuyeron, además y fundamentalmente, por una parte, Thomas Malthus con su *Ensayo Sobre el Principio de la Población*, publicado en 1798, y, por otra, David Ricardo con los *Principios de Economía Política y Tributación*, obra publicada en 1817. Estas contribuciones históricas a la economía —generadas por Smith, Ricardo, Marx y Malthus— explicaron el proceso material y el cambio social basados en la experiencia de los países europeos en la Revolución Industrial. Estos economistas clásicos son los primeros en construir un cuerpo analítico sólido para explicar el funcionamiento de la economía capitalista industrializada.

A estos cuatro filósofos se les considera como los padres de la economía moderna. Y a Adam Smith, además, se le atribuye ser el padre del liberalismo moderno por su teoría según la cual “los individuos sirven a los intereses colectivos precisamente porque se guían por sus propios intereses (*self-interest*)” (Jiménez, 2012, p. 18). Tal como explica Luis de Sebastián, el liberalismo suponía también el sometimiento de los mercados y de las relaciones económicas entre los agentes a unas leyes de funcionamiento, tan objetivas como las leyes físico-naturales, que delimitaban las posibilidades de lo que podía hacerse desde fuera con el sistema económico. Estas leyes tenían que ser conocidas como condicionantes de actuar, respetadas como normas y utilizadas para predecir los resultados de la actividad económica. Ellas ofrecían las líneas de movimiento más seguras para lograr que el sistema económico, es decir, el conjunto de mercados, productos y factores de producción, funcionase bien. Lo mejor que se podía hacer con la economía era dejar que las leyes objetivas y naturales que la regían funcionasen solas. De ahí que fuera necesario que las autoridades no impidieran, con su intervencionismo, que funcionase el mecanismo de auto-regulación del sistema económico, y la exigencia del *laissez faire, laissez passer* («dejar que las cosas sigan su curso natural») (De Sebastián, 1989, pp. 422-423). Ahora bien, conviene tener en cuenta que los principios y comportamientos económicos exaltados por Smith en *La riqueza de las Naciones* estaban enmarcados en los principios morales contenidos en su libro *Teoría de los sentimientos morales*, su otra gran obra publicada con anterioridad en 1759. Adam Smith sostenía que para que la gente pudiera vivir en sociedad, en calidad de individuos libres, debía existir un elemento perceptible de interés común, con el fin de hacer tolerable y posible la vida social (Acosta, 2015, p. 3). En realidad, podría decirse, de acuerdo con Samour, que Smith junto a estos pensadores clásicos tenían un ideal competitivo humanista «congruente con los ideales revolucionarios de la burguesía ascendente y con una concepción ética que se expresaba en la preocupación de los economistas clásicos por la suerte de las gentes o el problema social, que la revolución industrial estaba generando» (Samour, 1998, p. 603).

A finales del siglo XIX, entre los años 1873 y 1896, se produjo la primera gran crisis capitalista caracterizada por una larga depresión y deflación. Durante este periodo y hasta el estallido de la primera Guerra Mundial, en el contexto del imperialismo colonial y una economía mucho más desarrollada, surgió la teoría neoclásica. Con los neoclásicos el contenido de la economía cambió. Este ya no consistía en el análisis del comportamiento económico como un todo, sino en el estudio de los fundamentos microeconómicos de la formación de precios. A diferencia de los economistas clásicos, a los que les preocupaba «*the condition of the people*» y que no separaban la economía de la sociedad, viendo entre los dos una relación dinámica y conflictiva, con los economistas neoclásicos desapareció la preocupación por la contabilidad social de los flujos de producción, gastos e ingresos agregados, así como el análisis de los efectos de las políticas sobre estos flujos. Dicho de otro

modo, con la maduración de las ideas neoclásicas, la discusión sobre la ética en la economía, que se mantuvo a lo largo del tiempo, comenzó a debilitarse (Acosta, 2015, p. 3). Además, para los neoclásicos, a diferencia de los clásicos, el libre funcionamiento del mercado conducía al pleno empleo (Jiménez, 2012, pp. 19-20).

La segunda gran crisis del capitalismo estalló con el crac de 1929 y la ulterior Gran Depresión. Con esta grave crisis de los años treinta del siglo XX y con sus secuelas de quiebras de muchos negocios, desempleo y pobreza masiva, el panorama cambió mucho. El Estado tuvo que intervenir en la economía para impedir una catástrofe. Incluso en Estados Unidos, donde entre el final de la Gran Guerra (1919) y la crisis de 1929 la presencia del gobierno federal en la economía había sido mínima, este aumentó su papel para paliar los efectos de la crisis (De Sebastián, 1989, p. 431). En este período de crisis, en 1936, John Maynard Keynes publicó su obra *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Las ideas de Keynes eran radicalmente opuestas a las de los economistas neoclásicos. Como se ha dicho, para los neoclásicos, los mercados competitivos (en competencia perfecta) permitían una asignación óptima de los recursos; en consecuencia, no aceptaban la existencia de desempleo involuntario. El papel del Estado se veía reducido a corregir los «fallos» del mercado que se podían presentar en la economía. Para Keynes, por el contrario, la economía capitalista de libre mercado no tendía al pleno empleo. Por lo tanto, podía existir desempleo involuntario y competencia imperfecta. Para lograr un progreso económico estable y un aprovechamiento socialmente deseable o pleno de los recursos productivos, la economía capitalista debía y tenía que ser regulada por el Estado. Keynes proponía la participación activa del Estado en la consecución de objetivos nacionales, entre los que ocupaba un lugar central el pleno empleo de los trabajadores (Jiménez, 2012, p. 21).

Después de la Segunda Guerra Mundial, que, como se sabe, cambió para siempre el orden mundial, el equilibrio internacional, la vida social y económica, la política y, probablemente, la propia conciencia de la humanidad, podría decirse que se inauguró una nueva etapa del sistema planetario. Tras el triunfo aliado en 1945, la Depresión y el fascismo permanecieron en la mente de todos, de tal modo que el objetivo era cómo asegurar que la experiencia del período 1914-1945 no se repitiera nunca más. Por eso, tras la catástrofe que fueron las dos guerras mundiales, Estados Unidos y Europa llegaron a un consenso: el Estado podía y debía intervenir «para limitar la libertad del mercado en nombre del interés público». Los actores de tal consenso no eran gente que hoy consideraríamos progresista sino hombres de instinto conservador y elitista –como John Maynard Keynes, Clement Attlee, Franklin D. Roosevelt, Charles de Gaulle–, que habían sentido un genuino horror ante la inestabilidad social provocada por las guerras, y que comprendieron que el mejor modo de cancelar la posibilidad de un retorno a ese infierno era reducir la desigualdad, el desempleo y la inflación, al mismo tiempo que se mantenía un gran espacio para el mercado y las libertades públicas, todo ello bajo una estricta regulación estatal (Judt, 2010, pp. 55-56).

En este contexto, el capitalismo inició –para sorpresa de todos– la «edad de oro» –más matizadamente, se ha hablado de una «década de plata» en 1950 y una «década de oro» en 1960–, sin precedentes y tal vez anómala, de 1947-1973. Durante estos años de expansión y prosperidad, la teoría económica iba a estar dominada por *la síntesis neo-clásica*, enseñada entre otros por el premio Nobel de Economía de 1970 Paul A. Samuelson, quien introdujo al estudio de la economía a muchas generaciones de estudiantes en todo el mundo, como señala De Sebastián (1989, p. 431).

Lo cierto es que durante este periodo hubo un consenso en Occidente entre los pensadores y los responsables de tomar las decisiones, «sobre todo en los EE.UU., que marcaban la pauta de lo que los demás países del área no comunista podían hacer, o mejor dicho de lo que no podían hacer»; y ese consenso se mantuvo, teniendo todos una fe similar en el Estado activista. Por distintas razones, los políticos, los funcionarios e incluso muchos hombres de negocios occidentales estaban convencidos durante la posguerra de que la vuelta al *laissez-faire* era impensable. Determinados objetivos políticos –la contención del comunismo, el pleno empleo y la modernización de unas economías atrasadas o en decadencia– gozaban de prioridad absoluta y justificaban una intervención estatal de la máxima firmeza (Hobsbawm, 1998, pp. 275-276). Esta intervención gubernamental en la vida cotidiana parecía, pues, inevitable, quedando, por tanto, inhabilitado lo que quedaba del Estado del *laissez-faire* tras la Segunda Guerra Mundial. Las políticas presupuestarias y monetarias, basadas en la teoría económica keynesiana, por lo que generalmente se las llamó «keynesianas», fueron ampliamente aplicadas para amortiguar los ciclos económicos y asegurar un práctico pleno empleo. Por regla general, se defendía un «compromiso de clase» entre el capital y la fuerza de trabajo como garante fundamental de la paz y de la tranquilidad en el ámbito doméstico.

La fórmula de la intervención estatal funcionó, afirma Judt (2010, p. 59). Pero el consenso se rompió en el transcurso de una sola década, entre mediados de los años sesenta y mediados de los años setenta. Por un lado, como consecuencia de la brecha intergeneracional, para los jóvenes que habían nacido después de 1945, el Estado del Bienestar y sus instituciones no constituían una solución a los antiguos dilemas, simplemente eran las condiciones de vida normales. Los objetivos de la generación anterior, de reformadores, ya no eran de interés para sus sucesores; por el contrario, cada vez se percibían más como restricciones a la libertad de expresión del individuo. Se estaba en los aledaños del 68. Por otro lado, en el extremo opuesto del arco, una buena parte de la derecha conservadora –llevada por las ideas de los pensadores inmigrantes en la Escuela de Chicago desde Europa central: Ludwig von Mises (1881-1973), Friedrich von Hayek (1889-1992), Josep Schumpeter (1883-1950), Karl Popper (1902-1994) y Peter Drucker (1909-2005), que tras su experiencia con el nazismo y el comunismo consideraban, particularmente el austriaco Hayek, que la mejor manera de defender el liberalismo y una sociedad abierta era mantener al Estado alejado de la vida económica y que toda injerencia del Estado era una pendiente hacia el totalitarismo– vio en los subsidios una recompensa a la inactividad y en las empresas públicas un monumento a la ineficiencia. En definitiva, estos pensadores –estos guardianes de la fe, que creían en la ecuación «mercado libre = libertad del individuo» y, por lo tanto, condenaban toda desviación de la misma, que habían defendido la pureza del mercado durante la Gran Depresión, y siguieron condenando las políticas que hicieron de la «edad de oro» una época de prosperidad, a medida que el mundo se fue enriqueciendo y el capitalismo (más el liberalismo político) volvió a florecer a partir de la mezcla del mercado con la intervención gubernamental, y que se habían marginado a sí mismos en el próspero entorno occidental de la posguerra porque nadie les había hecho caso– se convirtieron en referencia fundamental para una generación posterior de neoliberales. Particularmente, el «hayekismo» –las proposiciones de Hayek recogidas en su clásico *Camino de servidumbre (The Road to Serfdom)*, escrito en 1944– se convirtió en una auténtica doctrina para los neoliberales. Ésta fue la grieta que dividiría la derecha entre conservadores y neoliberales.

El cambio de situación que provocó la «crisis del petróleo» iniciada en 1973 y sus consecuencias –el final de la «edad de oro» de las economías capitalistas y de los «Treinta Años Gloriosos» y la imposición de un nuevo modelo económico– hizo que las ideas neoliberales pasaran a ganar terreno.

Como se ha dicho, el objeto básico de este trabajo es comentar cómo la teoría económica, a partir de la crisis de 1973, se ha ido acomodando a los planteamientos básicos del neoliberalismo, hasta asumirlos como modelo hegemónico del capitalismo a escala global, y cómo en este proceso de adaptación la academia ha jugado un papel fundamental, analizándose las consecuencias de este proceso.

En coherencia con este planteamiento, el trabajo se organiza del siguiente modo. En el siguiente apartado, el segundo, se explica y comenta el proceso de adaptación y adopción de la doctrina económica de los postulados del neoliberalismo a partir de la crisis energética de los años setenta del siglo XX. La influencia de la academia en esta emergencia y mayor protagonismo de las ideas neoliberales en el ámbito económico es analizada en el apartado tercero, en el que, además, se comentan las consecuencias derivadas de este papel decisivo de la academia en la propagación y difusión de las ideas neoliberales, de las que también se ha imbuido la propia academia, provocando unos efectos que son analizados con cierto detalle, centrándolos en la transformación producida en las universidades así como en la educación superior. Finalmente, en el apartado cuarto de «Conclusiones» se condensan y reflejan algunas ideas concluyentes.

2. La adaptación de la teoría económica en la era del neoliberalismo

La crisis energética de los años setenta de siglo XX –la peor crisis económica a nivel mundial desde 1929– provocó la crisis del keynesianismo y del conjunto más o menos coherente de ideas que hacía aceptable a los diversos agentes sociales el papel que el Estado tenía en la economía, así como las medidas redistributivas y sociales (De Sebastián, 1989, p. 432).

Esta situación fue aprovechada por Milton Friedman y sus colegas monetaristas, que abogaban por desregular y someterse al libre juego de las fuerzas del mercado. Este economista impulsó una campaña ideológica conservadora de descalificación del nekeynesianismo en las altas esferas del poder en Washington y en muchos departamentos de economía de las universidades norteamericanas.

Ciertamente, al desencadenarse la crisis de 1973, las opiniones públicas y los gobiernos tardaron tiempo en aceptar el final de los «Treinta Años Gloriosos» en Europa y en Estados Unidos. Al enfrentarse con el cambio de tendencia, primero reaccionaron como si se tratara de una recesión transitoria y desarrollaron políticas de *stop and go* que no tuvieron los resultados esperados. Desestabilizados por indicadores contradictorios, los gobiernos decidieron adoptar políticas consideradas estructurales, imponiéndose la libertad del mercado, así como el monetarismo de Milton Friedman. De este modo, favorecida por la situación de crisis generalizada de los países capitalistas desarrollados consecuencia de los *shock* petrolíferos a partir de 1973 –con la aparición del fantasma de la «estanflación»– y la eclosión de la gran crisis del modelo económico de la posguerra, tras la caída del sistema de Bretton Woods, la teoría neoliberal, que había perdido terreno frente a las políticas keynesianas de redistribución del ingreso que legitimaron el intervencionismo estatal desde mediados de la década de los años treinta del siglo XX, encontró el momento y las condiciones oportunas para volver a escena, y paulatinamente ir imponiendo su dominio como la solución única para hacer frente a las crisis. Relata el historiador Tony Judt que

Con las crisis económicas de los principales países capitalistas industrializados de Occidente de los años setenta, la ideología neoliberal y los teóricos del libre mercado reaparecieron con muchísima fuerza, «vociferantes» y seguros de sí mismos, para echar la culpa de la endémica recesión económica y de sus consecuencias al «Estado

de grandes dimensiones» y al peso muerto que, mediante los impuestos y la planificación, depositaba sobre las energías y la iniciativa nacionales (2006, p. 776).

En efecto, la teoría (neo)liberal –que tras haber dominado una parte de la escena histórica del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, había conocido un período de eclipse desde mediados de la década de los años treinta, y que había aglutinado alrededor del filósofo político austríaco Friedrich von Hayek (1988-1992) y su *Société du Mont-Pèlerin*², creada en 1947, a Ludwig von Mises (1881-1973), al economista Milton Friedman (1912-2006) e incluso, durante un tiempo, al filósofo Karl Popper (1902-1994), entre otros notables de la época– emergió con fuerza en los últimos años de la década de 1970, como se ha comentado, como «antídoto para las amenazas al orden social capitalista y como solución a los males del capitalismo» (Harvey, 2007, p. 25). Quizá convenga matizar, pues, que la ideología neoliberal no fue un producto de la crisis de los años setenta, sino que ya existía. Al concederse el premio Nobel de Economía, creado en el año 1969, a Friedrich von Hayek en el año 1974, se respaldó al neoliberalismo, e igualmente al otorgarlo, dos años después, a otro defensor militante del ultraliberalismo económico, Milton Friedman. Hay que tener en cuenta que, antes de 1974, este premio había sido concedido a personajes significativamente no asociados con la economía del *laissez-faire*. Sin duda, la teoría neoliberal ganó respetabilidad académica tras la concesión de los Premios Nobel de Economía a Hayek, Friedman y Allais, aunque estos premios fueran concedidos «bajo el férreo control de la élite bancaria sueca», según apunta Harvey (2007, p. 26). A partir de entonces, esta ideología neoliberal conquistó un espacio creciente, llegando a dominar ampliamente el pensamiento económico y político de las décadas siguientes.

De una manera general, podría decirse que la escuela neoliberal se apoyaba en un vasto y ecléctico cuerpo teórico que comprendía desde la teoría neoclásica –basada a su vez en la teoría cuantitativa de la moneda–, la Ley de Say, la teoría de la determinación de los precios por la interacción de la oferta y la demanda, la teoría de las ventajas comparativas, etc. La teoría neoliberal había encontrado su inspiración en las tesis económicas, políticas y filosóficas de David Hume (1711-1776), Adam Smith (1723-1790), Jean-Baptiste Say (1767-1823), e incluso a Immanuel Kant (1724-1804), como apunta Eric Toussaint (2012, p. 24). Aunque, como este mismo autor comenta y fundamenta, en los puntos esenciales, Adam Smith «se encontraba en las antípodas de aquellos que lo idolatran» (p. 27). Y es que, como explica Acosta, «la “mano invisible” fue para Smith, hombre de la Ilustración, una metáfora –la metáfora más importante de la historia económica según John Kenneth Galbraith–, no un dogma. El mercado fue un medio, no un fin teológico como lo entienden los neoliberales. A Smith le interesaba la libertad de los individuos, no de las empresas; libertad enmarcada en relaciones sociales, no en un mercado caracterizado por relaciones abstractas; cuando bien sabemos que, en realidad, es siempre una relación concreta entre personas dentro de una comunidad o entre comunidades» (Acosta, 2015, p. 3).

² Recuérdese que esta sociedad se fundó tras el encuentro celebrado en abril de 1947 en el *Hôtel du Parc* de la localidad de Mont-Pèlerin, cerca de Vevey, Suiza. En dicho encuentro participaron 36 economistas y filósofos de derecha de diferentes “escuelas de pensamiento”. Este encuentro fue financiado por banqueros y patronos de la industria suiza, enviando delegados tres importantes publicaciones de EE.UU. (*Fortune*, *Newsweek* y *The Reader's Digest*). Al finalizar este encuentro se fundó la Sociedad de Mont-Pèlerin, «una especie de francmasonería neoliberal, bien organizada y consagrada a la divulgación de las tesis neoliberales, con reuniones internacionales regulares» (Anderson, 2008, p. 2). La Sociedad de Mont-Pèlerin se constituiría en un *think tank* de la contraofensiva neoliberal. Muchos de sus miembros obtuvieron el Premio Nobel de Economía (Hayek en 1974, Friedman en 1976 y Maurice Allais en 1988) (Toussaint, 2009).

Efectivamente, el liberalismo fue un producto de la Ilustración y el predicamento de las virtudes de racionalidad en libertad que impulsaron Francia, la primera potencia europea todavía en el siglo XVIII, y Gran Bretaña, que le sucedería en esta posición. El pensar y actuar por cuenta propia constituían el núcleo central de estas ideas. Y este ideal político de la dignidad y de la libertad individual –conceptos poderosos y atrayentes por sí mismos– fueron el sustrato ideológico que los teóricos del pensamiento neoliberal tomaron como pilar fundamental, considerándolos «los valores centrales de la civilización», que, en su opinión, se estaban viendo amenazados por todas las formas de intervención estatal que sustituían con valoraciones colectivas la libertad de elección de los individuos. Es decir, el factor que los ideólogos y políticos neoliberales de los años setenta y ochenta movilizaron para seducir a una base social amplia de las ventajas de un orden económico y político neoliberal fue la vieja causa de las libertades individuales. Tal vez en este punto conviene detenerse a analizar que, lógicamente, no puede criticarse al liberalismo por las libertades que propone, sino porque determinadas formas, especialmente en el ámbito económico, cercenan esta libertad que dicen defender y, sobre todo, porque impiden que llegue a la mayoría. Por eso, al definir la justicia como la participación de todos en las mismas libertades –el primer principio de la justicia dice «Cada persona ha de tener un derecho igual al esquema más extenso de libertades básicas que sea compatible con un esquema semejante de libertades para los demás»–, John Rawls califica al liberalismo como injusto (1971, pp. 67-68).

En suma, aunque el liberalismo surgiera en el entramado de libertades que propugnó la Ilustración, y que constituyen, bajo nuestro punto de vista, un patrimonio irrenunciable, no basta este origen para justificar los efectos negativos de su aplicación práctica y ulterior desarrollo. Y, en todo caso, se debe tener en cuenta que el liberalismo es un modelo, una construcción teórica, coherente que, como tal, puede servir para interpretar la realidad y modularla, pero que no debe confundirse con ella. Lo que sí resulta evidente, a nuestro parecer, es que en la historia de Occidente, la idea de la libertad individual se solapa de tal modo con el desarrollo del capitalismo que se llega a constituir una conexión necesaria con este orden para el sentido común. Sin duda, el neoliberalismo hizo un uso estratégico de esa conexión. Así, un programa que fuese capaz de afianzar el consenso alrededor de los valores de la libertad individual podía cubrir con una pátina de validez moral indiscutible la restauración del poder de clase en países como Gran Bretaña y Estados Unidos y aplicarse eficazmente después en otros países, como así fue.

En la vertiente más puramente económica, el planteamiento neoliberal se basó en lo que algunos llamaron el «fundamentalismo de mercado», que se apoyaba en tres pilares básicos: el mercado era infalible y no necesitaba que el Estado interfiriera con él, salvo para promoverlo; el desempleo no podía reducirse por debajo de su tasa natural; y la inflación era un fenómeno exclusivamente monetario. De este modo, se produce en estos años la vuelta triunfal de las «antiguas» teorías adaptadas a los gustos del momento. Así, el «cuantitativismo», que databa del siglo XVI, reaparece con visos de monetarismo; el liberalismo de Smith es caricaturizado considerando que cualquier acción del Estado es ilegítima; el mercado, único medio de hacer realidad la armonía entre los individuos, está adornado con todas las cualidades, pues el *laissez-faire* da paso a un orden social espontáneo o «cataláctico»³, basado en la competencia. A la práctica keynesiana basada en la demanda y el consumo, los nuevos conservadores prefieren el ahorro y la oferta que crea su propia demanda. A la inversión creadora de riqueza, oponen el beneficio, condición *sine qua non* de la salida de la crisis. Mientras Adam Smith preconizaba la asunción de las actividades

³ Así es el tipo de sociedad –cataláctica–, que se organiza sobre el intercambio y que se concreta en una economía de libre mercado, según Von Hayek.

sociales cuya explotación no fuera rentable –la instrucción, la construcción de infraestructuras, etc.–, los neoliberales desconfían de los poderes públicos. Rechazando el Estado keynesiano que había instaurado las rentas de transferencia para socorrer a los más desfavorecidos, los «reaganautas», los «thatcherianos» y los «neoliberales» abogan por un Estado reducido a su mínima expresión. La frase de Henry Owen y Charles L. Schultze, principales asesores económicos del presidente Carter, «hace diez años, el Estado era considerado, en general, como un instrumento para resolver problemas, hoy, para numerosas personas, el problema es el Estado en sí mismo» («*Ten years ago government was widely viewed as an instrument to solve problems; today government is widely viewed as the problem*») (Owen y Schultze, 1976) refleja muy bien el contexto del renacimiento de las ideas liberales. Su bestia negra es el Estado providencia. Pierre Rosanvallon lo dice muy claro, «lo que está en juego es la filosofía que subyace en el Estado providencia» (1995a, p. 213).

Con el resurgimiento del neoliberalismo, se estableció una pugna entre los keynesianos y los neoliberales, ya que, como señala Rosanvallon, «retorno del liberalismo y crisis del keynesianismo son dos caras complementarias de un mismo movimiento» (1995b, p. 69). Esta confrontación no fue simplemente entre economistas profesionales, ni una búsqueda de maneras de abordar nuevos y preocupantes problemas económicos –como la «estanflación», esa combinación de estancamiento económico y aumento rápido de precios, hasta entonces desconocida–. Se trataba de una guerra entre ideologías incompatibles. Ambos bandos esgrimían argumentos económicos: los keynesianos afirmaban que los salarios altos, el pleno empleo y el Estado del Bienestar creaban la demanda del consumidor que alentaba la expansión, y que bombear más demanda en la economía era la mejor manera de afrontar las depresiones económicas. Los neoliberales aducían que la economía y la política de la «edad de oro» dificultaban –tanto al gobierno como a las empresas privadas– el control de la inflación y el recorte de los costes, que habían de hacer posible el aumento de los beneficios, que era el auténtico motor del crecimiento en una economía capitalista. En cualquier caso, sostenían, la «mano invisible»⁴ del libre mercado de Adam Smith produciría con certeza un mayor crecimiento de la «riqueza de las naciones» y una mejor distribución posible de la riqueza y las rentas. Quizás el neoliberalismo logró imponerse porque ofreció un diagnóstico verosímil de la crisis y propuso recetas simples y terminantes en un contexto donde todo era incertidumbre.

Pero, en ambos casos, la economía racionalizaba un compromiso ideológico, una visión *a priori* de la sociedad humana, como resalta Hobsbawm (1998, p. 409). Debe tenerse en cuenta, en este contexto, que, como destaca Harvey, pese a que el neoliberalismo se presentase estrictamente como una doctrina que buscaba orientar las prácticas políticas y económicas hacia un escenario de derechos de propiedad privada indiscutibles, mercados libres y libertad individual y de comercio, sólo pudo prosperar por medio de «la construcción de una cultura populista neoliberal» y que, en este sentido

se demostró más que compatible con el impulso central llamado ‘posmodernidad’⁵ que durante largo tiempo había permanecido latente batiendo sus alas pero que ahora

⁴ Resulta curioso que se haya retenido comúnmente la alegoría de «la mano invisible» del mercado de Adam Smith, cuando sólo la menciona tres veces en su obra *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776) (Visto en: Toussaint, 2012, p. 34).

⁵ Recuérdese que fue François Lyotard con su obra *La condition postmoderne*, escrita en 1979, quien dio mayor difusión al concepto de posmodernismo, tan amplio y difícil de definir. Según él, se tiene por «postmoderna» la incredulidad con respecto a los «metarrelatos», es decir de las grandes interpretaciones generales como el socialismo, el cristianismo, la ideología del progreso, etc. En líneas generales, la calificación de “posmoderno” iba a cubrir todas las propuestas de rechazo de la tradición

podía alzar su vuelo plenamente consumado como un referente dominante tanto en el plano intelectual como cultural (2007, p. 49).

Por otro lado, parece obvio que, tal como ya se ha dicho, el neoliberalismo debió de construir su aceptación sobre la destrucción de los consensos sociales y económicos anteriores y, en particular, socavando la idea según la cual el desarrollo económico y el social debían ir aparejados. Quizás resulte útil volver a recordar que estos consensos sociales después de la Segunda Guerra Mundial supusieron la puesta en práctica durante décadas, desde el final de la Guerra hasta los primeros años de 1970, de políticas netamente alejadas del *laissez-faire*, con el compromiso entre las instituciones que dominaban el movimiento obrero (partidos y sindicatos) y la clase capitalista, expresados en acuerdos de «paz social».

Así, frente al desarrollo del Estado del Bienestar, los planteamientos neoliberales ponían énfasis en dos «virtudes» del mercado: por medio de los precios se transmitía una información valiosa a los agentes económicos, facilitando así una asignación óptima de recursos escasos. Si se dejara al mercado actuar en libertad, la mayor parte de la población en menos tiempo alcanzaría un mayor bienestar, salvo una pequeña minoría, incapaz de salir adelante por sus propias fuerzas, pero que, según von Hayek, siempre contaría con la ayuda solidaria de las personas y de las fundaciones privadas. En definitiva, para un rápido crecimiento, lo esencial era expulsar al Estado de los ámbitos económicos y sociales que no le competían. Según los apologistas del neoliberalismo, toda la economía debía quedar a cargo del omnipotente libre mercado, cuya autorregulación permitía el crecimiento de la economía, asignaba racionalmente los recursos y evitaba las crisis. Con ello, la economía dejaba de ser política y la acumulación del capital debía sujetarse a las leyes del mercado y respetar su lógica de funcionamiento. Para los panegiristas del neoliberalismo, el capitalismo de libre mercado era la expresión más elevada de la racionalidad y organización económica. Y, además era inamovible, en tanto representaba el «fin de la historia», es decir, una vez establecido el capitalismo neoliberal en todo el mundo no existía razón alguna para su desaparición. Tal como diría Francis Fukuyama, «la democracia liberal es la única aspiración política coherente que abarca las diferentes culturas y regiones del planeta» (1992, p. 26).

El principal presupuesto teórico de este sistema neoliberal se asentaba en la creencia de que si había una mínima intervención del Estado y una máxima libertad de los agentes que intervenían en la actividad económica, irremediamente se produciría el crecimiento de la economía y, a través del tiempo, esto se traduciría en el bienestar general para toda la población (Fair, 2010, p. 132). Efectivamente, una de las ideas centrales de la propuesta neoliberal era que el capitalismo desregulado constituía el mejor régimen posible por su estabilidad y eficacia, frente al intervencionismo estatal que generaba ineficiencia (Bell y López, 2007, p. 1). El Estado era «la personificación de todo lo ineficiente e ineficaz, del despilfarro, la mala calidad y la corrupción que obstaculizaban el funcionamiento equilibrado del mercado», como señala Jaime Ornelas (2012, p. 114). Por ello, el Estado debía abstenerse de intervenir en la vida económica; ante cualquier intento de hacerlo, los mercados mundiales responderían con medidas punitivas inmediatas. Y, por otro lado, según los técnicos de los organismos multilaterales y las grandes potencias mundiales, si los países menos desarrollados aplicaban sus «recetas», esto es, si privatizaban las empresas estatales, desregulaban totalmente los mercados, reducían el gasto público, equilibraban las cuentas fiscales y flexibilizaban el empleo, lograrían la llegada masiva de inversiones. Esto permitiría a sus países «insertarse en el

cultural progresista del siglo XX, lo que implicaba abandonar también su trasfondo de compromiso político (Lyotard, 1987).

mundo», acceder al crecimiento de sus economías y, mediante un efecto «derrame» o «cascada» –*tricking down effect*– basado en la «mano invisible» del mercado, generar un «desarrollo sustentable» que se distribuiría a todos los habitantes del planeta (Fair, 2008, p. 4).

Hay que considerar, de otra parte, que el «pensamiento económico único» se había erigido como predominante hacia mediados de los años ochenta, constituyéndose como la corriente de mayor consenso entre los sectores e instituciones financieras internacionales más influyentes. Ya en 1982

las economías keynesianas habían sido purgadas de los pasillos del FMI y del Banco Mundial y a finales de la década, la mayoría de los departamentos de economía de las universidades estadounidenses dedicadas a la investigación, que contribuyeron a formar muchos de los economistas del mundo, se habían alineado adhiriéndose en términos generales a la agenda neoliberal, que ponía el énfasis en el control de la inflación y en unas finanzas públicas saneadas, en lugar de en el pleno empleo y en las protecciones sociales, como principales objetivos de la política económica», según Harvey (2007, p. 101).

El capitalismo neoliberal se instaló entonces como la única alternativa viable, como apunta Mariana Calvento (2006, p.42); de ahí que se le bautizara con el nombre de «pensamiento único»⁶. Esta visión neoliberal de la realidad –este «pensamiento único»– se alzó como la única interpretación que permitía entender el mundo y la única que podía aspirar a dirigir políticamente su destino. Tal como explica Pedro Brieger, «la repetición constante del paradigma neoliberal durante este período tomó el equivalente a la demostración –aún antes de su comprobación fáctica–; con la apreciable participación de los medios masivos de difusión se fue consolidando un consenso ideológico aplastante» (2002, p. 342).

La espectacular consolidación del neoliberalismo, como una nueva ortodoxia económica reguladora de la política pública a nivel estatal en el mundo del capitalismo avanzado, se produjo en Estados Unidos y en Gran Bretaña en 1979. Ciertamente, estas nuevas ideas –esta auténtica revolución conservadora– son las que llevan al poder a Margaret Thatcher, Ronald Reagan y los liberales en Europa a partir de la década de los años ochenta. Según Eric Toussaint, «si Ronald Reagan se inspiró en Friedman, Margaret Thatcher reivindicaba la influencia de Von Hayek» (2012, p. 46). «Reaganbunismo», «Thatcherismo» ... los neologismos florecen por doquier durante este período. A uno y otro lado del Atlántico, los objetivos son idénticos: volver a la grandeza de antaño, liberar al mercado paralizado por las reglamentaciones, combatir la herencia keynesiana. Con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, el poder se personaliza hasta el límite. Saben seducir al pueblo con sus fórmulas —«*America is back*», decía el lema de Reagan— y no dudan en neutralizar las instancias representativas. Su populismo, a menudo demagógico, oculta un monetarismo que tranquiliza a los medios económicos y financieros. La desinflación competitiva, el

⁶ Recuérdese que el término «pensamiento único» fue acuñado por Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, (Ramonet, 1995) y «trata de construir una ideología cerrada; no remite exclusivamente a la economía sino a la representación global de una realidad que afirma, en sustancia, que el mercado es el que gobierna y el Gobierno quien administra lo que dicta el mercado» (Estefanía, 1997, p. 26) o, dicho en palabras de Ramonet, es «la traducción en términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, especialmente los del capital internacional». Lógicamente, este «pensamiento único» impone la visión del mundo de Estados Unidos y condiciona como *alteridad* cualquier otra perspectiva. Por ello, su esencia no requiere de ningún componente ideológico, pero sí de la negación de cualquier otra ideología o alternativa vital, social, cultural, política...; de ahí surge la necesidad de proferir el fin de las ideologías y el fin de la Historia (Fukuyama).

equilibrio presupuestario, la revalorización de la moneda en los mercados de cambios son sus prioridades, como explica Marc Nouschi (1996, p. 373).

Dado que, según Hayek y sus compañeros neoliberales, las raíces de la crisis estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales, el remedio, entonces, era claro: mantener un Estado fuerte en su capacidad de quebrar el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero limitado en lo referido a los gastos sociales y a las intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debería ser la meta suprema de cualquier gobierno. Para eso era necesaria una disciplina presupuestaria, con la contención de gasto social y la restauración de una tasa «natural de desempleo», o sea, la creación de un ejército industrial de reserva para quebrar a los sindicatos. Además, eran imprescindibles reformas fiscales para incentivar a los agentes económicos. En otras palabras, esto significaba reducciones de impuestos sobre las ganancias más altas y sobre las rentas. De esta forma, una nueva y saludable desigualdad volvería a dinamizar las economías avanzadas, entonces afectadas por la *estagflación*, es decir estancamiento económico unido a inflación. El crecimiento retornaría cuando la estabilidad monetaria y los incentivos esenciales hubiesen sido restituidos (Anderson, 2003, pp. 11-18).

En suma, podría decirse que se inicia una nueva era en la disciplina económica, la del llamado «fundamentalismo de mercado», una «ideología eminentemente reaccionaria. Una ideología que –apoyada en la teoría económica neoclásica de las expectativas racionales, en el nuevo institucionalismo y en las versiones más radicales de la escuela de la elección racional– montó un verdadero asalto político y teórico contra el Estado y los mercados regulados», tal como señala Bresser-Pereira (2009, p. 87). Y, además, el neoliberalismo trascendió a la pura disciplina económica, convirtiéndose en un auténtico programa intelectual y político bien definido que ha prevalecido hasta nuestros días. Los planteamientos neoliberales han aterrizado e invadido instituciones, políticas públicas y formas de concebir la vida. Tal como apunta Boron, «el triunfo ideológico del neoliberalismo es el de una concepción holista de la sociedad, de su naturaleza, de sus leyes de movimiento [...] y de un modelo normativo de organización social» (2006, p. 46).

3. La influencia de la academia. Consecuencias

Esta emergencia de la teoría neoliberal, que supuso una transformación intelectual para Judit (2010, p.108), es enmarcada en un contexto más amplio de «contrarrevolución cultural» por Fontana (2011, p. 605). En efecto, para este historiador, este giro ideológico había venido anunciado por el memorándum –*The Powell Memo*– que Lewis Powell presentó el 23 de agosto de 1971 ante la Cámara de Comercio de Estados Unidos, donde Powell llamaba la atención acerca del riesgo que implicaba el avance de ideas contrarias al «sistema de libre empresa», proponiendo combatirlas sobre todo en el terreno de la educación, ya que, según él,

*The most disquieting voices joining the chorus of criticism come from perfectly respectable elements of society: from the college campus, the pulpit, the media, the intellectual and literary journals, the arts and sciences, and from politicians [...] political power is necessary that such power must be assiduously (sic) cultivated; and that when necessary, it must be used aggressively and with determination [...]*⁷.

⁷ El texto completo del memorándum de Lewis Powell «Confidential memorandum: attack on the American free enterprise system» está disponible en: http://reclaimdemocracy.org/powell_memo_lewis/.

Aunque este memorándum de Powell no fue la única influencia, la Cámara y los activistas corporativos tomaron su consejo en serio y comenzaron a construir un poderoso conjunto de instituciones para cambiar las actitudes y creencias a lo largo de años y décadas, y esta implicación de los empresarios y de sus organizaciones en la política se tradujo en un intento de anular todas las concesiones sociales hechas desde los años del *New Deal*. Los empresarios eran conscientes de la importancia que tenía, a largo plazo, ganar la batalla de las ideas, con el fin de legitimar su triunfo en su «asalto al poder» (Fontana, 2011, p. 606).

Por ello, en ese momento comenzaron a crearse fundaciones privadas, financiadas con donaciones con las que los empresarios mecenas conseguían, además, descuentos en sus impuestos. Estas fundaciones, que actuaban sobre todo a través de los *think tanks* que financiaban y de los periódicos, revistas, radios y televisiones que poseían o subvencionaban, se convirtieron en el arma más poderosa para difundir no sólo los principios de un liberalismo económico favorable a los intereses empresariales, sino todo un trasfondo de ideología conservadora. De esta manera, el grupo de Mont Pèlerin recabó apoyos financieros y políticos, comenzando a adquirir protagonismo las ideas neoliberales, particularmente en Estados Unidos. y Gran Bretaña, con la ayuda de varios *think-thanks* generosamente financiados –ramificaciones de la *Société du Mont-Pèlerin*, como el *Institute of Economic Affairs* en Londres y la *Heritage Foundation* en Washington– así como también, a través de su creciente influencia dentro de la Universidad, donde financiaban cátedras y proyectos de investigación, en particular en la Universidad de Chicago, donde ejercía Milton Friedman. Con el mismo propósito de defensa de las ideas neoliberales surgió la *Fondation Saint-Simon* en Francia.

En síntesis, después de las crisis energéticas, en la década de los años 80 del siglo XX, se produjo un punto de inflexión en el que el sistema económico global empezó un importante proceso de liberalización tanto de los mercados de bienes y de trabajo como financiero, apoyado por políticas económicas que requerían ser respaldadas por una justificación intelectual. La Escuela de Chicago, cuna de la escuela neoclásica, ofreció dicha justificación intelectual.

Como destaca Agengo-Calderón, en las siguientes décadas, el núcleo duro de la economía se fue desplazando a un universo cada vez más desconectado, no ya de la economía llamada real, sino incluso de la propia economía abstracta o teórica, sin llegar a resolver los problemas económicos de fondo (2020, p. 20)⁸. Ello provocó la práctica invisibilización de las corrientes heterodoxas de la economía, como la postkeynesiana, marxista, institucionalista, feminista o ecológica, tanto en el currículo de las facultades de Economía, como en las principales revistas de Economía. Por otro lado, los consejos y herramientas difundidas por la economía neoclásica se iban a incrustar en los procesos económicos de la vida real. Al mismo tiempo, esta visión iba a influir ampliamente en la conformación del sentido común de la sociedad, a partir

consulta realizada el 10 de febrero de 2021. La traducción del texto sería: «Las voces más inquietantes que unen al coro de las críticas provienen de elementos perfectamente respetables de la sociedad, desde el campus universitario, los profesores, los medios de comunicación, las revistas intelectuales y literarias, las artes y las ciencias, y los políticos, [...] el poder político debe ser asiduamente cultivado y, cuando sea necesario, debe ser utilizado agresivamente y con determinación [...]».

⁸ Debe resaltarse, no obstante, la propuesta metodológica de Albert Hirschman, como apunta Valencia (2012), más cercana a los métodos cualitativos de las ciencias sociales que la cuantitativa de la ciencia económica, y que vendría caracterizada, entre otros rasgos, por partir de problemas reales para proponer soluciones reales (2012, p. 228). Como el propio Hirschman apuntó en sus escritos autobiográficos, el interés por los temas metodológicos le vino desde muy temprana. Ya desde sus primeros años de formación profesional, en la década de 1930, en la *École des Hautes Études Commerciales* (HEC) de París le «ayudaron a desarrollar un punto de vista propio cuando, mucho más tarde, me enfrenté a los problemas del desarrollo económico y la industrialización en Latinoamérica» (Hirschman, 1996, p. 143).

de un relato legitimador bien construido –y financiado– de ideas y significados que determinaban lo que es bueno para la economía y, por tanto, para el conjunto de la población (interpretada, además, como un todo) (Agenjo-Calderón, 2019, pp. 17-21).

Así pues, puede decirse que, sin duda, la influencia de la academia ha sido decisiva en la difusión de los planteamientos neoliberales. Y también resulta incuestionable que la propia academia se ha imbuido de los mismos.

Como influjo de este proceso, se han producido varios efectos con consecuencias graves, bajo nuestro punto de vista. Por una parte, y en primer lugar, hay que hablar de las transformaciones estructurales que se han producido, a nivel de organización, en las universidades –auténtico y principal bastión de la academia– así como en la educación superior. Entre los efectos, apunta Gill, «se incluye la importación a la vida universitaria de modelos de gestión empresarial; la reformulación de la naturaleza misma de la educación, conectada instrumentalmente con la economía y los negocios; la transformación de las y los estudiantes en consumidores y la degradación de las condiciones laborales y los salarios del personal académico». Habla Gill de una «universidad corporativa» y de «capitalismo académico» y considera que «el control de la educación superior ha sido tomado por la lógica del mercado» (2015, pp. 47-48). Señala esta autora que el neoliberalismo encontró un terreno fértil en los académicos, cuya predisposición a «trabajar duro» y «hacerlo bien» encajan perfectamente con «las exigencias neoliberales de contar con sujetos autónomos, automotivados y responsables» (p. 56).

Es decir, la academia no solo ha contribuido a propagar las ideas neoliberales, sino que también se ha imbuido de la filosofía neoliberal. Algunos llegan a plantear la expresión «la venta de la academia», puesta de manifiesto en «la organización curricular de las humanidades, que, como conjunto de disciplinas tienden cada vez más hacia el pragmatismo. El objetivo final pasa por la conversión del alumnado en consumidor, pues de ello depende que la universidad, como empresa, sea rentable». Se parte de la certeza de

una universidad que ya no sirve a los ciudadanos públicamente, sino que se configura como empresa y se rige por los principios empresariales de un sistema económico neoliberal globalizado. A grandes rasgos, se trata de una academia caracterizada por cuatro rasgos clave: la competitividad como criterio de regulación de la universidad-empresa, la flexibilidad y la responsabilidad como características intrínsecas a la «gestión» del profesor, la institucionalización de la diversidad y la atomización del trabajo, que dificulta la posibilidad de trabajar en conjunto y luchar por lo común. Esto tiene un efecto obvio en todas las disciplinas, pero especialmente en las humanidades, por los siguientes motivos: son disciplinas que van en contra de las formas de producción neoliberales (son «lentas» y autotélicas) y su desempeño es considerado no como trabajo sino como devoción por amor al arte. Esto lleva hacia la desigual recompensa de la labor humanística, a la subsecuente banalización del pensamiento crítico y al descrédito general de las humanidades, siempre dentro del pensamiento neoliberal y pese a que (o quizá debido a que) son estas las disciplinas en las que se concentra una mayor diversidad de alumnado y donde la capacidad crítica contra el sistema que las integra es más patente⁹.

Parece evidente, a juicio de otros, que

la concepción neoliberal de la vida humana ha penetrado en las sociedades contemporáneas, privatizando muchas de sus esferas e imponiendo su lenguaje en el

⁹ <http://www.alcesxxi.org/home/la-venta-de-la-academia-el-neoliberalismo-contra-la-educacion-visto-a-traves-del-ambito-del-hispanismo-seminario-organizado-por-seminario-propuesto-por-irene-domingo-sancho-y-almudena-marin-cobos/>, consultado el 15 de febrero de 2021.

sentido común [...]. Se ha privatizado nuestra concepción de la educación. No se trata solamente del obvio intento de transformar la escuela pública en escuela privada, sino sobre todo de entender en automático a la educación como una «inversión» en tanto que su objetivo primordial es formar individuos para tener éxito en el mercado (Hernández, 2016, p. 425-426).

En el caso concreto de la universidad española, algunos relevantes trabajos (Pomares y Álvarez, 2020; Beloso, 2017; Gómez y Jódar, 2013) destacan el proceso de transformación producido en la universidad española, sobre todo a partir de la creación del *Espacio Europeo de Educación Superior (EEES)*, asociado a la introducción y progresiva consolidación de políticas de carácter neoliberal. Estas políticas «difieren en sus formas de articulación local, pero reflejan un conjunto de tendencias dirigidas a la mercantilización del espacio público presentes en contextos y ámbitos diversos y que, por ello, han adquirido una dimensión global» (Gómez y Jódar, 2013, p. 82). Resalta Beloso, cómo

la santificación de la tecnología y el utilitarismo está favoreciendo un cambio en las universidades, tanto en orden a minusvalorar los estudios humanistas como a implantar un sistema de gestión burocrática, basado en agencias de calidad y ranking que a veces, si no se cuida debidamente el uso objetivo de los indicadores, favorece que la búsqueda del modelo universitario de excelencia se lleve a cabo dando mayor relevancia a actividades que poco tienen que ver con aquello que debería ser la misión de la universidad humanista en el siglo XXI: la formación integral del ser humano (2017, p. 17).

Particularmente relevantes, desde una posición crítica con el proceso de reforma de la universidad española, experimentada con el Plan Bolonia de adaptación al EEES, son los trabajos de Fernández y Serrano, 2009; Ferreiro, 2010; Fuentes, 2005 y 2007; Galcerán, 2003 y 2010; y Sevilla, 2010. Coinciden estos autores en su diagnóstico sobre el proceso de “reconversión empresarial” de la universidad pública española y la “mercantilización” de la enseñanza tras la implantación del EEES y el Plan Bolonia. Subrayan cómo, en efecto, el proceso de construcción del EEES ha provocado profundas transformaciones que afectan a la organización de la universidad, en el funcionamiento de la universidad y a la misión que la sociedad le encomienda en cada momento. Así, la denominada «universidad de masas», que fue construyéndose bajo el modelo de acumulación capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido sustituida, primero paulatinamente y después de la crisis de 2007-2008 a marchas forzadas, por otra en la que la rentabilidad económica de las enseñanzas universitarias, la comercialización de los resultados de la actividad investigadora y, en general, el aprovechamiento empresarial del conocimiento han pasado a detentar un protagonismo hasta ahora desconocido. En suma, coinciden estos análisis en percibir estas transformaciones como una auténtica “reconversión” de las universidades en empresas al servicio del mercado. Esta “reconversión” compromete, entre otros aspectos, el carácter público y universal de la educación, la autonomía universitaria, el pensamiento crítico y la producción desinteresada de conocimientos. Como consecuencia, la institución universitaria se desvincula cada vez más de la reflexión científica, social, humanística y ética, advierten, para priorizar los saberes que generen beneficios económicos.

De este modo, las lógicas neoliberales se han trasladado al campo universitario, generando una «tensión que toma la forma de una oposición entre un sistema universitario considerado burocrático, rígido, homogeneizador frente a una universidad supuestamente «modernizada», flexible, innovadora y competitiva» (Gómez y Jódar, 2013, p. 83). Todo ello «encarna un cambio de paradigma de perfil empresarial en doble dirección: el estudiante como cliente y la figura burocratizada del docente-dador de clases» y lleva a la «idea de una Universidad entendida como

una mera «formación profesional» despojada de cualquier inquietud transformadora del mundo» (Pomares y Álvarez, 2020, p. 185) y a «un modelo que aplica a la Universidad pública, a la enseñanza universitaria, un filtro mercantilista bajo el eje prioritario de la “rentabilidad” de un servicio público esencial» (*Ibidem*, p. 190).

Entre otros aspectos, esto ha afectado al estatus del profesorado, —el docente se ha convertido en «docente-investigador-gestor-burócrata»— a la evaluación de la investigación, etc. En este sentido, analizan Gómez y Jódar cómo el célebre sexenio de investigación, que, como se sabe, constituye un procedimiento de evaluación voluntaria del profesorado de su actividad investigadora, ha contribuido a que los profesores «se identifiquen con un juego y con unas reglas de juego», asumiéndolas como propias (Gómez y Jódar, 2013, p. 83). El *sexenio* supone una mejora en la retribución del profesor cuya evaluación resulte positiva, pero, además, *tener tramos de investigación reconocidos* se ha convertido en un requisito imprescindible para múltiples situaciones, de acuerdo con las normativas internas de diferentes universidades, como formar parte de las comisiones de valoración en los concursos de acceso a plazas del profesorado, para dirigir tesis doctorales o participar en tribunales de tesis. También supone un mérito que se valora a la hora de solicitar o formar parte de un programa de Doctorado o solicitar un proyecto de investigación. Por ello, afecta al reconocimiento y a la reputación de los profesores. Y, además, de acuerdo con el Real Decreto-Ley 14/2012, de 20 de abril, de medidas urgentes de racionalización del gasto público en el ámbito educativo, se establece que la actividad docente a desarrollar por el profesorado universitario se gradúa en atención a la «intensidad y excelencia» de la actividad investigadora reconocida, creándose, de este modo, un procedimiento desigual de reconocimiento y estatus entre la actividad docente y la actividad investigadora, que tiene el efecto de jerarquizar al profesorado en función del número de sexenios acumulados (Gómez y Jódar, 2013, pp. 83-84). Esto supone en la práctica que la «redefinición y valoración del profesor/a como investigador comprometido es paralela a la desacreditación del docente tradicional» y, por otro lado que «el rendimiento de cada uno/a es visibilizado y evaluado, de forma continua, como producto medible en un escenario jerarquizador y competitivo donde lo que se pone en juego es la propia imagen», produciéndose, por otra parte, «una competición generalizada dentro de los departamentos, entre departamentos, centros, institutos, universidades donde los *tramos de investigación* reconocidos son un *resultado* más que poder exhibir y con el que contar» (*Ibidem*, pp. 88-89).

Esta competición dentro de cada universidad a su vez es producto de la necesidad de las universidades de competir entre ellas a nivel nacional, europeo y global, por intentar obtener fondos para investigación y para el propio desarrollo institucional, por atraer más estudiantes y por llegar a alianzas con empresas privadas. Hay que tener en cuenta el contexto de reducción de la financiación de la Educación Superior pública, se insta a las universidades a evolucionar hacia la «sostenibilidad» con criterios de productividad donde la investigación es clave. La Comisión Europea lo dice claramente: «las universidades deben financiarse más por lo que hacen que por lo que son, centrando la financiación más en los resultados pertinentes que en los insumos, y adaptándola a la diversidad de perfiles institucionales» (Comisión Europea, 2006, pp. 8-9).

Tal vez resulte pertinente recordar aquí el planteamiento de Milton y Rose Friedman, dos de los promotores más conspicuos del neoliberalismo sobre la competencia a la que deben someterse las «empresas» educativas, pues es el único camino que permite depurar el mercado educativo haciendo que de manera permanente todas ellas se esmeren por ofrecer servicios de calidad para atraer y dejar satisfechos a sus «clientes». De ahí, que

Muchas escuelas se crearán por iniciativa de grupos no lucrativos. Otras serían montadas para conseguir beneficios. No hay modo de predecir la composición definitiva de la industria educativa: la determinará la competencia. La única previsión que puede hacerse es que sólo sobrevivirán las escuelas que satisfagan a sus clientes; del mismo modo que sólo continúan los restaurantes y bares que agradan a sus clientes. La competencia se ocuparía de ello (Friedman, 1983, pp. 235-236).

Retomando nuestro argumento, para responder a la necesidad de competir, de rendir cuentas y conseguir acreditación —ya sea individual o institucional—, la producción de conocimiento se somete a regulaciones, clasificaciones y jerarquías donde priman los indicadores de producción que tienen valor en circuitos legitimados. De ahí que se incentive la productividad investigadora, pero es necesario tener en cuenta una cuestión clave, y es que la investigación se encauza de acuerdo con determinadas lógicas. Así, la evaluación de las investigaciones no se centra en la calidad de los trabajos, sino en la de las publicaciones en que se difunden, que se avala, sobre todo, por el número de citas que acumula. Las distintas convocatorias competitivas que otorgan financiación apoyan y avalan determinadas cuestiones o temas, mientras que marginan o excluyen otros (Gómez y Jódar, 2013, p. 90). Esto provoca que muchos profesores reaccionen dando importancia a lo que se considera clave en la evaluación, eligiendo temáticas de investigación que permitan superar evaluación y tener visibilidad a la vez que reconocimiento. Dicho de otro modo, la elección de temas se somete a la lógica de la oportunidad, respondiendo a lo que demanda la investigación financiada o aquellas revistas que puedan certificar que el trabajo tiene «calidad». Todos aquellos temas que no resulten rentables desde este punto de vista se van abandonando progresivamente o se descuidan, tal es el caso de los libros, pero también determinadas formas de pensamiento y escritura más críticos, más incisivos. Señala Acosta, en este sentido, cómo

Se alientan investigaciones sin compromiso, muchas veces anodinas y hasta tautológicas. El cumplimiento de metas «académicas», medidas por las publicaciones en revistas indexadas, que no tiene que ver con la vivencia social y que inclusive pueden estar influenciadas por poderosos grupos transnacionales, por ejemplo, termina por aislar aún más a los centros universitarios de la realidad y a los mismos profesores e investigadores universitarios entre sí (Acosta, 2015, p. 7).

Debe tenerse en cuenta, además, que los temas de investigación suelen estar, por otro lado, controlados ideológicamente por los comités editoriales de los *journals* y publicaciones especializadas, quienes, en última instancia dictaminan si un artículo se publica o no.

Quizás por todo lo que se acaba de comentar, resulte muy difícil lograr que jóvenes brillantes y llenos de vocación se incorporen a la Universidad pública, y ello por una importante razón apuntada por Pomares y Álvarez: «la institución no es capaz de ofrecerles un futuro que siquiera se asemeje lejanamente, en condiciones y perspectivas, al que puede brindar una institución pública digna de serlo» (2020, p. 209).

En segundo lugar, además de esta transformación estructural comentada que se ha producido en las universidades, otra consecuencia trascendental del influjo de la academia en el proceso de difusión y adopción de las lógicas neoliberales está relacionada con la exclusión del pensamiento crítico. En este sentido, sin duda, y también es nuestra visión, como apunta Boron, «la academia —es decir, las universidades y los centros de investigación regidos por el código de la academia— ha sufrido un proceso involutivo que la ha tornado sumamente refractaria a todo

pensamiento crítico, a toda heterodoxia¹⁰) (Borón, 2006, p. 67). Y este «verdadero asalto contra el pensamiento crítico» (*ibídem*, p. 50) se traduce en un doble sentido. Por una parte, la academia parece que rechaza al intelectual, cuyo papel es el de ser la conciencia crítica de su tiempo, frente al académico, cuyo papel, en cambio, es publicar en las revistas especializadas de su área de conocimiento, reproduciendo el paradigma teórico-metodológico convencional. Para que se entienda lo que pretendemos señalar, Zygmunt Bauman y Jean Paul Sartre fueron intelectuales; Noam Chomsky es un intelectual. Samuel Huntington y Milton Friedman fueron académicos. Por otro lado, se ha eliminado de las aulas el modelo del saber, el de cuestionar y plantear alternativas. Y ello debido fundamentalmente a que la función de la docencia ha quedado reducida a la de «educar-sin cuestionar», sustrayendo a los estudiantes de sus potenciales capacidades, una de ellas sin duda la «curiosidad», además de la capacidad de construir y sistematizar pensamientos abstractos, así como el deseo de «querer saber» más allá del aprendizaje funcional de mercado, incluso de poder pensar (reflexionar). Parece que el objetivo fuera

formar tecnócratas –de perfil «bajo» de contenidos genéricos– tras el eje de la meritocracia de cariz mercantil, una suerte de molde de fábrica recortado en serie. Una concepción funcionalista de la Universidad, que educa para mantener los objetivos y el sistema del mercado que discurre estructuralmente por líneas de precariedad en todos los órdenes». Sin embargo, entendemos que la Universidad debería ser mucho más y distinto que la tarea de «educar». «Aprender/enseñar «cuestionando» es la forma de acceder al conocimiento, bajo el enriquecimiento de perspectivas que analizan realidades; es la manera de aprehender capacidades y aptitudes críticas, adoptar un espíritu crítico (Pomares y Álvarez, 2020, p. 194).

En esta situación resulta difícil pensar que se pueda estar formando en las universidades a los grandes historiadores, pensadores, filósofos, economistas, juristas, etc. del futuro. Y ello todavía resulta más grave desde el convencimiento de que el «pensamiento», y de una manera más precisa el «pensamiento crítico» es el motor de los cambios, de las transformaciones sociales y el eje del progreso. Por eso no podemos aceptar la idea de que la Universidad se conciba para adaptarse al modelo de mercado.

4. Conclusiones

Con base en lo expuesto en los apartados anteriores, cabe apuntar algunas ideas-síntesis concluyentes.

Ha quedado constatado cómo la teoría económica –que fue construyéndose a partir de los planteamientos del liberalismo clásico de A. Smith y las aportaciones de los otros padres de la economía en el siglo XVIII– se ha ido transformando, ajustando y adaptando a la lógica y los postulados del neoliberalismo, que puede considerarse como la corriente económica teórica específica del capitalismo en su fase actual, desde 1973, iniciándose una nueva era en la disciplina económica, la del llamado «fundamentalismo de mercado», una ideología eminentemente reaccionaria.

El neoliberalismo no es solo una teoría económica, sino que puede considerarse todo un programa intelectual y político claramente definido, que ha impregnado y aterrizado en instituciones, políticas públicas y hasta en la forma de

¹⁰ Quizás convenga matizar que, tal como indica Boron, «las persecuciones de los heterodoxos, de quienes pensaban diferente, son parte integral de la historia de las universidades. Desde Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Copérnico, Galileo, hasta Hobbes, cuyos libros fueron quemados en el atrio de la Universidad de Oxford, el itinerario está sembrado de grandes pensadores críticos que fueron arrojados o expulsados de, o que jamás pudieron poner un pie en una universidad, como Nietzsche, Engels o Marx» (2006, pp. 71-72).

concebir la propia existencia. En el campo más concreto de las ciencias sociales, entre las cuales se engloba la economía, el impacto del neoliberalismo se ha puesto de manifiesto en el influjo de los aspectos económicos en todo el conjunto de aspectos sociales, llegándose hasta la auténtica exaltación de las cuestiones económicas. Podría decirse que los supuestos del pensamiento neoliberal que vertebran la teoría económica neoclásica han colonizado buena parte de las ciencias sociales.

En este proceso, la academia ha tenido un papel muy relevante difundiendo los principios y supuestos neoliberales a través de *think tanks* así como también, mediante su creciente influencia dentro de la Universidad, financiándose cátedras y proyectos de investigación.

La academia –es decir, las universidades y los centros de investigación regidos por el código de la academia– no solo ha contribuido a propagar las ideas neoliberales, sino que también se ha imbuido de la filosofía neoliberal. De este modo, las lógicas neoliberales se han trasladado al sistema universitario.

Las consecuencias de todo ello han estado vinculadas a la transformación de la universidad a la «racionalidad» neoliberal, a la privatización y la creciente «mercantilización» del conocimiento y de la educación pública, de una parte, y a la exclusión del pensamiento crítico, de otra.

En el caso concreto de España, tal como se ha analizado, nos encontramos con una concepción de la Universidad pública gestionada como una empresa y que también ha mercantilizado la producción científica del docente-investigador. Así, la valoración de la actividad investigadora, que se reclama «al peso», ha sido sometida a una pesada burocracia, bajo la idea de la «meritocracia mercantil» en el acceso a las figuras docentes; la unidad de medida de la calidad de la producción científica se basa en el lenguaje de «percentiles» o «cuartiles» de la revista en la que se publica y el grado de «impacto», sin entrar a valorar, por parte de las agencias evaluadoras, la calidad del contenido de lo que se publica, a lo que se une la necesidad de sufragar el coste de las propias publicaciones en muchos casos (Pomares y Álvarez, 2020, p. 193).

En cuanto a la otra consecuencia trascendental del influjo de la academia en el proceso de difusión y adopción de las lógicas neoliberales, relacionada con la exclusión del pensamiento crítico, consideramos que ampliamente analizada en el texto, abogamos por un pensamiento crítico, incisivo y radical, como el que en estos momentos tan excepcionales se requiere. Un pensamiento con una capacidad de transformar y de provocar que algo ocurra; un pensamiento que sea el eje del cambio social y el motor del desarrollo y bienestar general.

Todo ello ha provocado, según nuestro punto de vista, que la racionalidad instrumental se imponga a la racionalidad liberadora que debería inspirar la concepción de la educación superior, con todas sus implicaciones en la generación del conocimiento y en la formación de las nuevas generaciones de universitarios. El camino recorrido pone claramente de manifiesto, además del cambio en el modelo de gestión de la universidad, la transformación de las funciones que históricamente se ha atribuido a la universidad de ser la principal institución generadora, depositaria y transmisora del saber, quedando reducidas a un espacio para la enseñanza de habilidades instrumentales y la producción del conocimiento orientado a las necesidades del mercado.

Una última reflexión final: ante este estado de cosas, tal vez haya llegado el momento de volver a «repensar» o «impensar» las ciencias sociales, en palabras de Immanuel Wallerstein (1995).

Bibliografía

- Acosta, A. (2015). Las ciencias sociales en el laberinto de la economía. *Polis* [En línea], 41, pp. 1-18.
- Agénjo-Calderón, A. (coord.) (2020). *Investigación-diagnóstico sobre la situación de la enseñanza de la Economía en el Sistema Universitario público español*. Madrid, España: Economistas sin Fronteras.
- Anderson, P. (2003). Capítulo I-Neoliberalismo un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (2ª ed.) (pp. 11-18). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Anderson, P. (2008). Historia y lecciones del neoliberalismo, *Deslinde*, Universidad de California, Los Ángeles. Recuperado de: <https://cedetrabajo.org/wp-content/uploads/2012/08/25-7.pdf>
- Bell, J. y López, D. L. (2007). La cosecha del neoliberalismo en América Latina. *Revista electrónica FLACSO*, 2(1).
- Belloso, N. (2017). De las universidades humanísticas a las universidades modelo de excelencia. Los desafíos de una educación humanista en el siglo XXI. En F. Puy Muñoz (coord.), *La Universidad humanista en un mundo globalizado* (pp. 17-37). Madrid, España: Reus Editorial.
- Boron, A. (2006). Las ciencias sociales en la era neoliberal: entre la academia y el pensamiento crítico. *Tareas*, 122, pp. 45-73.
- Bresser-Pereira, L. C. (2009). El asalto al Estado y al mercado: neoliberalismo y teoría económica. *Nueva Sociedad*, 221, pp. 83-99.
- Brieger, P. (2002). De la década perdida a la década del mito neoliberal. En J.C. Gambina (comp.), *La globalización económico-financiera. Su impacto en América Latina* (pp. 341-355). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Calvento, M. (2006). Fundamentos teóricos del neoliberalismo: su vinculación con las temáticas sociales y sus efectos en América Latina. *Convergencia*, 13(041), pp. 41-59.
- Comisión Europea (2006). *Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo. Cumplir la agenda de modernización para las universidades: educación, investigación e innovación* (COM 208), 10.05.2006. Recuperado de <https://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=COM:2006:0208:FIN:es:PDF>
- De Sebastian, L. (1989). El neo-liberalismo una negación del liberalismo. *Realidad: Revista De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 11, pp. 419-436.
- Díaz, A. F. (2008). La economía: su origen, sus motivos y la institucionalización de la enseñanza a nivel internacional, nacional y local. Siglos XVII-XX. *Rhec*, 11, pp. 73-92.
- Estefanía, J. (1997). *Contra el pensamiento único*. Madrid, España: Taurus.
- Fair, H. (2008). La globalización neoliberal: Transformaciones y efectos de un discurso hegemónico. *Kairós, Revista de Temas Sociales*, 12(21), pp. 1-18.
- Fair, H. (2010). Hacia una epistemología del neoliberalismo. *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, 5, pp. 131-150.
- Fernández, C. y Serrano, C. (2009). *El Plan Bolonia*. Madrid, España: Libros de la Catarata.
- Ferreiro, X. (2010). Mercantilización y precarización del conocimiento: el proceso de Bolonia. En VV.AA., *La Universidad en conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber* (pp. 113-142). Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona, España: Pasado y Presente.

- Friedman, M. y Friedman, R. (1983). *Libertad de elegir*. Barcelona, España: Ediciones Orbis, Biblioteca de Economía, N° 2.
- Fuentes, J. B. (2005). El espacio europeo de educación superior, o la siniestra necesidad del caos. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 38, pp. 303-335.
- Fuentes, J. B. (2007). Para una crítica de la idea de «flexibilidad profesional». La relación entre la historia de la psicología y de las ciencias humanas y los saberes humanísticos. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(1), pp. 19-42.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, España: Editorial Planeta.
- Galcerán, M. (2003). El discurso oficial sobre la Universidad. *Logos. Anales del seminario de metafísica*, 36, pp. 11-32.
- Galcerán, M. (2010). La mercantilización de la universidad. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 32(13, 2), pp. 89-106. Recuperado de: <http://www.aufop.com/aufop/revistas/indice/digital/147>.
- Gill, R. (2015). Las heridas ocultas de la universidad neoliberal. *ArXius*, 32, pp. 45-58.
- Gómez, L. y Jódar, F. (2013). Ética y política en la universidad española: la evaluación de la investigación como tecnología de la subjetividad, *Athenea Digital*, 13(1), pp. 81-98.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, España: Akal.
- Hernández, L. R. (2016). Trayectoria del neoliberalismo: De la academia al espacio público, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(227), pp. 423-428.
- Hirschman, A. (1996). *Tendencias autosubversivas*. México, D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Argentina: Crítica (Grijalbo Mondadori, S.A.).
- Jiménez, F. (2012). Elementos de teoría y políticas macroeconómicas para una economía abierta. Lima, Perú: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Judt, T. (2006). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, España: Taurus.
- Judt, T. (2010). *Algo va mal*. Madrid, España: Taurus.
- Liotard, J.-F. (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Nouschi, M. (1996). *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*. Madrid, España: Cátedra.
- Ornelas, J. (2012). Crisis general capitalista: ¿Crisis final del neoliberalismo? En Castillo, D. y Gandássegui, A., hijo, *Estados Unidos. Más allá de la crisis* (pp. 112-136). México, D.F., México: Siglo XXI Editores, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEM.
- Owen, H. y Schultze, Ch. L. (1976). *Setting National Priorities: The Next Ten Years*. Washington, D.C., Estados Unidos: The Brookings Institution.
- Pomares, E. y Álvarez, F. J. (2020). La adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior, 13 años después: la destrucción del saber en las universidades españolas. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 19, pp. 184-213.
- Ramonet, I. (1995). El pensamiento único y los nuevos amos del mundo. En Chomsky, N. y Ramonet, I. *Cómo nos venden la moto* (pp. 55-98). Barcelona, España: Icaria.
- Rosanvallon, P. (1995a). *La Noevelle question social. Repenser l'État providence*, París, Francia: Le Seuil.
- Rosanvallon, P. (1995b). *La crisis del Estado providencia*, Madrid, España: Editorial Civitas.
- Rawls, J. (1971). *Teoría de la Justicia*. México, D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Samour, H. (1998). Aspectos ideológicos del paradigma neoliberal. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 66, pp. 603-617.

- Sevilla, C. (2010). *La fábrica del conocimiento. La Universidad-empresa en la producción flexible*. Madrid, España: El Viejo Topo.
- Toussaint, E. (11 de junio, 2009). Révolution keynésienne et contre-révolution néolibérale. *Mondialisation.ca*. Recuperado de <http://www.cadtm.org/Revolution-keynesienne-et-contre>
- Toussaint, E. (2012). *Neoliberalismo. Breve historia del infierno*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Valencia, G. D. (2012). La cuestión metodológica en Albert Hirschman. *Ensayos de Economía EdeE*, 42, pp. 223-238.
- Wallerstein, I. (1995). *Abrir las ciencias sociales*. Social Science Research Council de Nueva York. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/234805686.pdf>